**‘Ecos del Congreso Araucanista’**

***El Diario Austral*, 23 de diciembre de 1916**

**Discurso de don Manuel Manquilef**

Exemo. Señor Presidente la República.-Ilmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo, señoras, señores: Cuando los valientes castellanos llegaron a Chile, ávidos de conquista y de gloria, creyeron que a las tribus araucanas, como a las demás de la América, se les podría dominar fácilmente.

Todos conocéis la historia, recordáis aquellos siglos de rudo batallar, la fundación de fuertes ciudadeslas; recordáis a sus pobladores, mis abuelos, sin tierras ya, pero indomables, refugiados en los pantanos de Lumaco, de donde saltan a buscar en las tierras habitable el pan y el aire puro para poder resistir nuevamente al conquistados y derramar hasta su última gota de sangre por la libertad de sus queridas montañas.

Recordáis que, poco a poco, fueron reconquistando el suelo perdido y que después de cien batallas arrasaron esos fuertes y volvieron a quedar dueños de aquel territorio hasta su primitiva frontera, el Bio-Bio.

El Bio-Bio, como antes de la conquista, volvió a ser el límite austral del Reino de Chile, y el Norte del estado Araucano, y el poderoso Monarca, en cuyo estado no se ponía el sol, se vio obligado a mantener allí 2000 hombres pagados por el Erario del Perú.

Don Alfonso de Ercilla, el Abate Molina y otros nos cuentan mejor que yo los episodios de esa lucha de siglos que dejó bien en claro que el poderoso conquistados no era capaz de doblegar la cerviz del altivo araucano que siguió libre e independiente hasta el advenimiento de la República.

Señores: No vengo a llorar como mujer lo que mis abuelos supieron defender como hombres; pero permitidme que os diga que mientras los valientes conquistadores nos trataron francamente como enemigos, pudimos defender nuestra tierra; pero cuando algunos malos gobernantes de la República se hicieron nuestros amigos, su amistad debilitó el vigor de nuestra raza alcoholizándola, y nos sumió en la miseria arrebatándonos nuestras tierras.

No es tan triste y doloroso, señores, morir luchando con el enemigo en franca lid, como morir envenenado por quien dice ser nuestro amigos y bebe en nuestra misma copa.

En fin, señores, perdonadme…….Es tan triste la historia de Arauco desde que se cobijó bajo la bandera de República, que vale más no recordarla y que la ignoren nuestros hijos.

En las luchas con España fuimos grandes y hubo poetas que cantaron nuestras glorias: en nuestra amistad con la República, fuimos una raza degenerada, y no hubo sino historiadores que haciéndose eco de la ambición y maldad ajenas nos deprimieron y nos colocaron casi al nivel de las bestias para justificar las perfidias y engaños de que se nos hizo victimas hasta dejarnos reducidos, como hoy, a la miseria.

Pero, señores, olvidar en nobleza, y sólo me permito tocar ligeramente estos hechos para que recordéis que tenéis una obligación sagrada. Los hijos del amigo que se enriquecen arrebatando al amigo sus propiedades y matándolo, deben, al menos, preocuparse de la familia que dejó en la indigencia.

¿Qué queréis, señores? A los hijos de las víctimas de nuestros padres no necesitáis matarlos: al contrario, podréis serviros de ellos y os servirán agradecidos de que al menos les deis una pequeña educación.

Los indios no queremos, ni aspiramos ya a ser vuestros iguales. Los últimos caciques no esperan que el Gobierno, como en otros tiempos, mande emisarios a parlamentar con ellos, ni escoltas después a recibirlos cuando invitamos a Santiago, dejaban sus campos para venir a esta ciudad a recibir halagos y promesas falaces. Nada de eso, señores, los últimos caciques me cargan venir a depositar a vuestros pies lo único que les queda la vida de sus hijos el vigor de sus mocetones, para que los recojáis, les deis en vuestra casa un rincón donde dormir, y os sirváis de ellos como buenos colaboradores en el engrandecimiento patrio.

Si en vuestros corazones anidan principio de equidad o siquiera buenos principios de economía, debéis aprovechar el ofrecimiento y no rechazarlo porque los ricos viven y crecen con el vigor y honradez de quien los sirve.

Considerad, señores, que es socialmente anti económico embrutecer y degenerar al pueblo y que los 180 mil indios que aún viven irán en su mayoría a engrosar las filas de vuestros trabajadores, de vuestros mozos, vaqueros, etc, y que no nos conviene ya seguir aniquilando más para quitarle el último razguño de tierra. Mirad que un pueblo degenerado de nada sirve. Pensad que ya prohíbe usar famelgos en los coches y animales escuálidos y que no es justo que aún no se prohíba “servirse de hombres hambrientos”.

Hasta aquí, señores, ha querido de mostrarse un indio en su pobre lenguaje que ha razones de justicia que os obligas a darnos educación, pero como, señores, es más fácil encontrar caridad que justicia, ya que es más duro reconocer el derecho ajeno que dar algo de lo que nos hace falta, me refujio en esa parte más sensitiva del corazón humano: la caridad que es, indudablemente, la que os congrega en este recinto. Ha tocado a sus puertas el ilustre Prelado que os preside, y todos habéis respondido generosos y dispuestos a luchar por la civilización de mis hermanos de desgracias y de sangre: todos habéis dicho: “hay que salvar a Arauco” y yo, ante una idea tan noble, tan santa, no he trepidado en aceptar contribuir con un átomo siquiera a la consecución de tan laudables deseos.

Ante todo, señores, si queréis civilizar al indio, debéis primero proporcionales el pan, es inútil pensar con enseñar al indio muchas cosas, si primero no os preocupáis de acomodar su situación y lo hacéis salir de los […] por ahora, sin salida, donde otros legisladores los han colocado.

No es necesario que le prometáis más tierras, sino que la que le disteis, no se la deis obligándolo a litigar, es menester que si una hectárea le dejasteis, penséis que es pobre y que es ignorante; que ese terrenito debéis dárselo sancado, no entregárselo en común para que forzosamente el tinterillo el abogado inescrupuloso; el explotador de indios vaya a sembrar entre ellos la discordia para que solos se den el gusto de ser dueños un momento.

“Si el Gobierno, en lugar de hacer a los indios cese presente griego, los toma a todos, les quita sus tierras, seguramente”, hará obra de mejor política que dejarlos así como los tiene incitando constantemente la voracidad de sus explotadores de indios que como aves de rapiña revoletean constantemente sobre sus rucas.

Mientras se nos mantenga con nuestras pequeñas propiedades mal constituidas, nadie pensará en nosotros, sino en degenerarnos para quitárnoslas. Si, al revés, nos dejan con nuestra pequeña propiedad asegurada, ya todos querrán aprovechar nuestros brazos robustos y tratarán de educarnos y servirse de nosotros.

Mientras haya comunidades, habrá un abogado que quiera ser partidor, un ingeniero ser perito, un tinterillo apoderado, etc., y había comuneros más fuertes que querrán aprovechárselo todo.

Mientras haya comunidades, no habrá solidaridad entre los indios, ni habrá quiénes nos defiendan si somos pobres e ignorantes; no nos hacemos solidarios y evidentemente tendremos que ser víctimas de chicos y grandes.

Hasta la fecha, señores, nadie se ha preocupado de nosotros, sino para hacernos aparecer como una raza inferior y extinguida.

Sin embargo, la inferioridad de nuestra raza está sólo en la mente del usurpador; seremos un pueblo atrasado, pero no somos raza inferior, sino desgraciada.

Somos aún cerca de 200000 indios que esperamos ver alguna vez colmada la tempestad permanente que ha azotado nuestras cabezas.

He dicho mal, también, señores, al afirmar que nadie se ha preocupado de nosotros. No, señores, la “Relijion ha estado siempre de nuestro lado, endulzando nuestras penas”.

Relijiosos como Las Casas, hoy el Reverendo Padre Jerónimo, son los únicos que con sus enseñan al niño sus deberes y muestran al viejo desconsolado un más allá donde podrá llegar no obstante haberle robado su caballo y quitado su lanza que debían acompañarle en el viaje eterno: Un más allá donde sus penas servirán de consuelo y sus lágrimas de refrescante bebida.

No creáis, señores, que tenéis siquiera idea del Via-Crusis que ha atravesado mi pobre raza en el último medio siglo. Miles han sido quemados con sus hijos, mujeres y rucas: miles han sido asesinados por defender al razguño de tierra: y miles, también porque no se dejaban robar sus animales, sus hijos y mujeres. Y siempre, señores, la fuerza pública y las autoridades todas, han sido los sostenedores de esos asesinatos.

Aún hoy, señores, si se asesina a un indio, no penséis que el matador irá a la Cárcel. Se establecerá que el muerto fue un asesino y su cadáver se llevará al presidio. ¿Qué queréis, señores, si no tenemos ni al último representante de la autoridad al guardián o carabinero que nos ayude? Todos son nuestros enemigos: salvo uno que otro empleado que se pone de nuestra parte; para ir con nosotros a donde le nieguen el fuego y el agua.

Señores: se ha dicho en la Cámara (por el Diputado don Héctor Anguita), que el Fisco bien podía en el sur ser encargado reo. ¿Qué diré yo, señores, de mis pobre hermanos a quien nadie defiende?

Señores, perdonadme. Nuestros calumniadores son muchos. Tened presente que, salvo raras excepciones, no hay casi millonarios fronterizos ni representantes de esos millonarios ante las Cámaras que no sean nuestros enemigos, Vosotros lo sabéis, señores, y no debéis darles oído.

Vosotros sabéis que a los corruptores más notables de los indios, a los que se enriquecieron embruteciéndolos con el alcohol, se les han elevado estatuas.

Este hecho, señores, os evidenciará que quienes así han querido perpetuar la memoria de esos abortos de la naturaleza, aún, nuestros enemigos.

En la Frontera, señores, como en los tiempos del Paganismo se divinizan las virtudes, pero ante todo las maldades.

Si queréis, señores, conocernos y hacernos y hacer algo útil por nosotros, es necesario que vayáis a nuestras rucas que jamás han tenido puertas y abiertas están todavía, como la manifestación más evidente que el pueblo araucano a quien el mundo califica de ladrón, ha sido siempre honrado y confiado.

Os suplico, señores, que antes de hacer nada por nosotros, nombréis una comisión compuesta de tres o cuatro de los miembros más distinguidos y de corazón generoso que, asesorados del Rvdmo. Padre Jerónimo y del actual Presidente de la Comisión Radicadora, vaya a Cautín y allí nos conocerán y podrán transmitiros sus impresiones.

Estoy seguro, señores, que los favorecidos con esta comisión no se arrepentirán jamás de haberla aceptado y volverán a luchar por nosotros convencidos, visu propio de que nuestra raza no está degenerada y es digna de la preocupación del Gobierno.

Volverán con sus corazones engrandecido y enternecidos a la vez; verán nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestras rucas; verán que en medio de sus pobrezas nuestra raza no ha dejado de ser simpática, ni nuestros mocetones han perdido su noble aspecto de altivez y energía, que aún no se nos ha podido arrebatar.

Veréis muchas cosas, señores, veréis historias; veréis la verdad.

Creo inútil, señores, que este gran Congreso Católico Araucanista haga absolutamente nada mientras que una comisión no vaya a nuestras tierras.

El establecimiento de un gran internado, la forma como debe lucharse ante los Poderes Públicos para conseguir buenas leyes, todo debe postergarse para cuando esa comisión pase su informe.

Señores, se ha falseado tanto la verdad que seguramente no me creeréis, ni creeréis a sontos como el Padre Jerónimo, a quienes podréis calificar de locos ante las grandes realidades que él os narre.

Ante esa abrumadora adulteración desisto de convenceros, ni de negarnos.

Pero os pido en nombre de mis padres y hermanos que le hagáis el favor de visitarlos.

Pero os pido en nombre de mis padres y hermanos que le hagáis el favor de visitarlos.

En nombre de la humanidad os pido que vayáis a nuestras tierras.

Exemo. Señor Presidente de la República, Ilmo. Y Revdo., señor Arzobispo, si queréis hacer algo patriótico que de este Congreso se nombren 2 o 3 de sus miembros y que el Supremo Gobierno”, que no puede mantenerse ajeno a este movimiento, nombre otros dos que, como digo, asesorados por el Rvdo., Padre Jerónimo y el Presidente de la Comisión Radicadora, estudien nuestra situación y propongan las medidas convenientes.

Los indios, señores, quieren tener, como he dicho su pedacito de tierra para cultivarlo bien y un poco de instrucción.

De manera que sólo desean la subdivisión de la comunidad y escuelas.

Así tendréis pequeños propietarios que no serán jamás anarquista ni irán a formar parte de una era de hombres descamisados a quienes de tanto vivir del robo, como del trabajo. Tenis buenos trabajadores, buenos sirvientes, buenos empleados.

Señores, no hay que destruir a los chicos porque la sociedad necesidad de débiles y fuertes.

Si como dicen muchos, somos una raza inferior, entiendo que esa afirmación sólo se referirá a la parte intelectual, ya que físicamente está probado somos superiores al común del pueblo.

Chile está harto de abogados y empleados, necesita brazos vigorosos. Aprovéchensenos entonces y seremos un magnífico elemento dentro de la sociedad.

Ilmo. Señor, son dudo que toda vuestra vida la habréis dedicado al servicio de vuestros semejantes; pero estoy seguro que si se ponen en la balanza el día de la cuenta, vuestras accionas, la en que estáis empeñados, hoy bastará por si sola para llevaros al lugar que Redentor prometió a los mejores, y que en el corazón de los araucanos ya ocupáis el sitio predilecto, el que guardan para sus benefactores los desgraciados que encuentras un corazón caritativo.

En nuestros corazones, señores, también quedaréis grabados vosotros que con tanto entusiasmo habéis respondido al llamado de ese anciano venerable.

Estas son, señores las súplicas que me han encargado hacer ante vosotros los 200 mil indios esparcidos por Arauco y que por intermedio de la Sociedad Caupolicán, defensora de la Araucanía, manifiestan que serán a la vez que su última tabla de salvación, será como el viaje de esas golondrinas que emprenden sus largo vuelos en busca del Verano eterno, y no será, señores, como la marcha de ese cansado peregrino que al llegar al fin de la jornada cae y se desvaneces como se derrumban ante esas montañas las lechosas neblinas de las frías mañanas de Invierno.

Yo quiero, como la golondrina, girar juntamente con el estío y no correr la suerte del indio que abandona sus campos y no se atreve a regresar a sus soñados lares, porque por un lado los logreros de la política desean quitarle su pan, mientras por el otro reluce el puñal de rico usurero y el hacha destructora de nuestra sombría montaña que fue el ornato y el confidente de nuestras penas de nuestros amores.

Es por eso, que anhelamos algo para constituir nuestra ciudadanía: solo, nuestra Patria mostraría no a la raza que fue, que es suficiente con sus glorias, no a la actual que gime bajo el peso cobarde del plomo y del bajo acero sino una raza en toda la aurora de la vida que es el gérmen de aquella que ufana y airosa luchó por la defensa de su suelo, y por el sentimiento de la libertan que en el único progenitor de los grandes ideales.

Es por eso que es ahora de que llegue la hermosa tarea de los hombres de corazón a fin de no repetir los versos del gran cantor de nuestra raza, del insigne laureado baile nacional. D. Samuel A. Lillo, cuando exclama refiriéndose al histórico campo de mis abuelos:

Es el negro socavón

En la fa falda del lomaje,

Una herida sin vendaje,

Expuesta al viento y al sol.